

FILOSOFÍA HEBRAICA¹

Rodrigo Larraín Contador

UNIVERSIDAD EDUCARES

Durante muchos años he tenido contacto con judíos, algunos religiosos y otros más escépticos; todos, sin embargo, unidos a ese núcleo cultural tan arraigado que significa "ser judío". Curiosamente, me ha resultado más fácil tener relaciones ecuménicas con los descendientes de Abrahám que con otros cristianos acatólicos. He conocido judíos de pensamiento sofisticado o simple, jóvenes como mis alumnos o mayores como algunos compañeros de trabajo. Siendo católico, en última instancia mi fe es semítica; pero, a veces me ha complicado la falta de "eclesiología" del judaísmo.

95

I

Si se entiende por "filosofía" exclusivamente al tipo de pensamiento que se desarrolló en Grecia, es evidente que no hay una filosofía hebraica, y de haberla, esta no sería mejor que cualquier filosofía de sentido común. Por lo tanto el término filosofía se entenderá aquí en un sentido amplio y de una manera analógica, la que precisaremos más adelante.

Hablaremos, por tanto, del pensamiento hebreo bíblico, aquel cuya expresión se encuentra en esa biblioteca progresivamente compuesta y que, recogida en un solo volumen, conocemos con el nombre de "La Biblia".

El pensamiento bíblico conlleva una constante ontología, la que, a través de su desarrollo, se va precisando. Profesa que el mundo (o la naturaleza) está compuesto de seres muy reales, poseedores de un conocimiento propio. El pensamiento hebraico no es

¹ Quien más aumentó mi cariño por el pueblo de la Primera Alianza, fue un católico de origen israelita, muy amigo, entre otros, de Mons. Santiago Tapia: Léon-François Arditti. Que estas líneas sean un homenaje a ambos y un signo de fraternidad judeo-cristiana.

un idealismo y el mundo no es apariencia ni ilusión.

Pero, según ese pensamiento, el mundo-naturaleza no es el ser absoluto ni menos el único ser. Ello porque la teología hebrea se constituyó en contra de las teologías vecinas, las que afirmaban que el universo, los astros y las fuerzas naturales eran divinas; en una palabra, se fue haciendo en contra de las teologías para los que la naturaleza era el ser por excelencia. La teología y la ontología hebreas afirman que el mundo es un ser, pero no absoluto y menos el ser divino.

Como el ser divino no es el mundo, el pensamiento hebraico nos propone entonces una doble ontología; la del ser mundano y la del ser absoluto. La relación que ata al ser absoluto con el mundo es la relación de creación. El verbo hebreo para designar "baráh", esta reservado exclusivamente a Dios. Sólo Dios es, propiamente hablando creador.

Esta noción hebraica se constituyó en contra de las teologías conocidas por los judíos; la egipcia, las asiro-babilónicas y las cananeas.

Según las antiguas cosmogonías y teologías de Egipto, Babilonia y Canaán, al comienzo de todo hay un caos original. El caos es ontológico y cronológicamente primero. Este caos es el ser absoluto. Los dioses nacen de este caos original, emergen progresivamente, hay entonces una génesis de divinidades, es decir, una "teogonía".

Enseguida las divinidades se masacran entre ellas (una teomaquia). De un Dios masacrado se constituyó el mundo. Es decir, el hombre está hecho a partir de un dios masacrado: con la sangre, la saliva o el semen de un dios masacrado. Volvemos, en términos análogos, a la teogonía de Hesíodo y a la teogonía órfica. El mal está en el origen, al nivel de la vida divina. La tragedia es anterior al mundo sensible y concreto. El mundo físico, y el hombre en particular, derivan como resultantes de una tragedia y de una matanza entre dioses.

II

Las teologías hebraicas elaboraron una doctrina bíblica de la creación pues, conociendo los anteriores temas, los rechazaron. En la teología hebraica, el caos no es lo primero; no existe un caos original. Cuando se compuso el recitativo (después relato) sacerdotal de la creación, en el siglo V antes de nuestra era, se dice que cuando fue creado "la tierra era caos", *tahou wa bohou*, lo que no es equivalente al caos original de las otras cosmogonías, sino que esto debe traducirse así: "la tierra era un desierto y un vacío...".

En la teología y las teologías hebraicas, lo primero no es el caos o el desorden sino un ser personal. El más eminentemente personal, ontológica y cronológicamente primero, es Dios.

La teología hebraica ignora (o rechaza) la idea de una génesis de la divinidad, o sea, de una teogonía (por lo menos en los textos codificados en la Torá o Pentateuco). Dios, el ser absoluto, no está en proceso de generación, es el mundo el que está en génesis permanente y en desarrollo.

Según la teología hebraica, al ser de un monoteísmo tan rotundo, no existe la idea de una batalla entre dioses (teomaquia) y menos una concepción de una tragedia en el origen divino o del mundo físico y sensible.

La creación del mundo es el acto soberano y libre de Aquel que da el ser porque así lo desea.

III

La relación entre la unidad y la multiplicidad en el pensamiento bíblico, no se considera negativa (ni como catástrofe). Según muchos metafísicos conocidos, la secuencia de la multiplicidad de seres a partir de la unidad es una ilusión (una mera apariencia), es resultado de una caída original, o bien, el producto de ambas cosas a la vez.

El paso de la unidad a la multiplicidad es un mal, una degradación. La solución consistirá en resolver la apariencia de lo múltiple para volver a nuestra condición original en el seno de la divinidad.

Según la teología hebraica, el paso de la unidad creadora a la multiplicidad creada no es ni una apariencia ni una ilusión, sino la obra de una creación real. No es una catástrofe ni una caída, sino –al contrario– un bien: la expresión de la profundidad creadora de la unidad. La existencia múltiple es buena, no se trata de deshacerla o de inhibirla; al contrario, se debe desarrollar y personalizarla.

Según la teología bíblica, el mundo no está hecho a partir de la substancia divina. El hombre en particular, en oposición a lo que dicen las enseñanzas asiro-babilónicas y a la cosmología órfica, no se hizo sobre la base de un dios masacrado.

IV

La ontología bíblica distingue radicalmente el orden de lo creado del orden de lo increado. La cosmogonía, la génesis del mundo, no es una teogonía. La vida divina no está alienada en la vida del mundo ni en la vida humana.

En la visión bíblica del mundo físico, la materia que lo constituye, todas las realidades físicas que lo pueblan, son excelentes. El mal no deriva de la materia, no está atado a la fuerza física del mundo. La existencia física no deriva de una caída original o de un pecado pre-cósmico. El orden físico en sí mismo es bueno. El mal

vendrá después, con el último ser creado: el hombre.

El pensamiento antiguo nos conservó varias doctrinas que profesan el progreso eterno (eterno-retorno) cíclico de todas las cosas. Los pitagóricos, los estoicos y muchos otros. El mundo en esta perspectiva es un sistema cíclico de repetición, sin comienzo ni fin; el mundo alterna eternamente. Pasa de la unidad a la multiplicidad y de lo múltiple a lo uno (Heráclito, Empédocles). Eternamente discurre por las mismas fases.

El pensamiento bíblico nos propone una visión según la cual éste es un proceso irreversible y orientado, un proceso, en suma, histórico.

El mundo comporta un comienzo, *berechit*, se desarrolla, es creado por etapas. Incluso, la historia humana es la creación que se sigue en y con el hombre. El mundo y la historia tienden hacia un término, un fin o acabamiento, que puede compararse a la maduración de la mies, del árbol que lleva sus frutos o a la gravidez de la mujer que espera al hijo.

La historia de la creación es única, irrepitable, acíclica y sin regreso eterno. El pensamiento bíblico propone una visión del tiempo que anuncia y esboza el concepto bergsonian de "duración": la medida de una creación en desarrollo, inacabado; pero que tiende hacia un fin.

98

La dificultad que tienen las filosofías que profesaron (y, en algún sentido, que ciertas formas vulgares de religiosidad panteísta aún profesan) que el mundo es el ser absoluto, increado, no admitieron que su génesis fuese irreversible; porque, si el ser es absoluto, no puede recibir ni crecimiento ni aumento, más aún, no puede perecer.

El pensamiento hebraico, por el hecho de no profesar que el mundo es el absoluto, no tiene dificultad en reconocer que el mundo está en un régimen de creación de génesis, y esto irreversiblemente.

V

La antropología bíblica es original. El pensamiento judío toma al hombre como una unidad; una unidad psicósomática. El hombre es o un alma viviente o un cuerpo viviente y, ambas cosas significan lo mismo. Los libros sagrados no oponen alma y cuerpo porque, en la realidad empírica, no existen cuerpos vivientes carentes del alma.

Para el teólogo bíblico —el autor sagrado—, el hombre no surgió de la substancia divina: fue creado; es decir, no es por naturaleza consubstancial a lo divino; el alma humana no es divina por naturaleza. El cristianismo enseñará, más tarde que ella es divinizable por la gracia. El alma humana no es una fracción de la substancia divina prisionera de la materia, en el cuerpo.

El pensamiento bíblico ignora todo lo que se refiere a una pre-existencia del alma, a la caída del alma en el cuerpo y a la metempsomatosis.

Para el pensamiento hebraico, el cuerpo no es un accidente resultado de una catástrofe primigenia. El cuerpo es un bien excelente, por lo menos así se desea; de allí que el biblista no conciba al hombre como un compuesto de dos substancias, asociadas por accidente. Jamás el pensamiento judío en la Sagrada Escritura considera la existencia corporal como mala o culpable.

La antropología bíblica (siendo ella por estructura muy diferente a las que estamos acostumbrados, de carácter platónico), aporta una dimensión novedosa y única. Según la teología bíblica, el hombre es un ser invitado personalmente a tomar parte en la vida de Dios. Es capaz de oír la palabra de Dios, de responderle, de comunicarse a través de una relación de diálogo con lo increado - que es personal; por lo cual el hombre es capaz de entrar en comunicación con el espíritu de Dios. Ruah elohi, es en hebreo lo que en griego es pneuma y en latín spiritus. Es el espíritu a través del cual el hombre puede llegar a ser profeta, es decir, recibir de Dios mismo una información, una instrucción, una ciencia y una inteligencia.

Aunque el hebreo no opone el cuerpo al alma, sí distingue el orden psicobiológico (o psicosomático) del orden espiritual, que es sobrenatural. A través de lo espiritual, como antes se dijo, es que el hombre llega a oír la voz de Dios y comprender los designios divinos.

Cuando Saúl de Tarso, por sobrenombre romano Pablo, opone "carne" a "espíritu", no es el cuerpo y el alma los que oponen sino el orden humano, la totalidad psicosomática, al orden sobrenatural de la relación con Dios, que es lo espiritual. También existe lo que puede llamarse una filosofía bíblica de la historia. Desde el Libro de los Jueces y los grandes profetas de los siglos V y VII antes de nuestra era, se desarrolla una verdadera dialéctica de la historia. Los temas y los momentos principales son los siguientes.

En la historia de la creación una etapa está constituida por la vocación de Abrahám en su salida de Ur, en Sumer; a partir de él, un pueblo fue creado.

Este pueblo, en vigor, no es un pueblo elegido, sino un pueblo nuevo, credo según ciertas normas espirituales. Este pueblo, en la perspectiva de los profetas de Israel es el principio de una humanidad nueva y santa.

En el momento en que este pueblo es infiel a las normas que le fueron comunicadas y que lo constituyen como tal. El rol del profeta, al ser este pueblo atacado y perseguido, es el de ser hombre de Dios e Isch haclohim, su tarea es desentrañar el significado

de la persecución cuando el pueblo es conducido a la cautividad, será el profeta el que explicará el significado de la deportación y el porvenir que le está reservado.

Las naciones enemigas, aunque juegan el rol de perseguidoras, ellas mismas están incluidas en la dialéctica de la historia. Porque, finalmente, todas las naciones vendrán a adorar al Dios que se manifestó en Israel y en Judá.

La persecución tiene como meta regresar al pueblo a la fidelidad. Este pueblo tiene su razón de ser en la justicia y en el conocimiento de Dios. Más vale la persecución que la descomposición interna de este pueblo. La razón de ser es la palabra creativa que le informa desde el interior.

La inteligencia en el pensamiento bíblico depende de la ontología fundamental. No es la existencia múltiple lo malo. No hay tragedia en el origen del mundo, no hay tragedia entre los dioses. El mal en el pensamiento bíblico es algo posterior. Aparece con el ser creado que posee libertad: el hombre.

VI

El reverso de la creación es la destrucción de la fe. El mal en la historia humana es responsabilidad del hombre. Esta es la enseñanza principal del Capítulo III del Génesis. Deriva del teólogo desconocido que la crítica denomina el "yahvista". Como se sabe, en hebreo "Adam" no es sustantivo propio, sino un sustantivo común que significa el hombre y, en un sentido colectivo y menos específico, la humanidad. El teólogo yahvista no nos habla de un cometido por un individuo que se hubiera llamado Adán, se trata del pecado del hombre.

Israel es un pueblo que espera una liberación por sí y para la humanidad entera. Sin entrar al análisis de las diferentes formas de mesianismo que trabajaron al judaísmo, hasta el comienzo de nuestra época, advertimos simplemente la orientación prospectiva de la visión bíblica de la historia, la espera de un Reino de paz y de justicia (muchas doctrinas surgidas 18 siglos más tarde son tributarias de esta visión del mundo). Por consiguiente, existe una ontología hebraica original, diferente, por ejemplo, de aquella que se elaboró en Elea durante los siglos V y IV antes de Cristo.

Por lo tanto, existe una concepción original del pensamiento hebraico que aborda los siguientes tópicos: relaciones entre la unidad y la multiplicidad; una doctrina de lo sensible; una antropología; una noción del tiempo y del devenir que se conecta a una filosofía de la historia y a una idea del porvenir humano; además se reconocen definiciones precisas sobre la inteligencia, la libertad y la acción humana entre otros objetos de la reflexión. Con estos elementos se puede construir una "teoría judía" que cristalizará en distintos partidos y corrientes durante toda la existencia del pue-

blo judío. Tal es el caso de los fariseos, saduceos, esenios, anawin, samaritanos y tantas otras facciones o estamentos, que aunque de naturaleza sociológica devienen más o menos todas en corrientes teóricas del judaísmo.

Ciertamente no existen tratados técnicos dentro de la Biblia que se refieran al problema del ser, del devenir, del tiempo, de la materia, etc.

Lo que analógicamente, llamamos “metafísica bíblica” está contenido en los libros históricos, proféticos o sapienciales; sólo algunas veces de modo explícito, por ejemplo, la doctrina de la creación. En cuanto al lenguaje, este no es técnico conceptual sino concreto, dirigido a un pueblo que no es sabio o intelectual sino con actividades predominantemente manuales. Por ello es que uno podría rehusarse a llamar “filosofía” a esta manera de pensar que se refiere al mundo y a sus relaciones con lo absoluto. De hecho, aquí radica la originalidad del pensamiento y la reflexión bíblica, en que las respuestas y las propuestas se refieren a problemas que los griegos y, posteriormente, los europeos abordaron de otro modo. El judío propone unas respuestas “no técnicas”, “no abstractas”; mejor dicho, con otra racionalidad, diversa a la que se impuso después de Cristo y hasta nuestros días, de raigambre greco-latina. El análisis técnico conceptual abstracto es lo que se ha asumido como lo propiamente constitutivo de la filosofía.

En caso de que no se acepte la Revelación –la inspiración sobrenatural de las Escrituras al menos– el pensamiento bíblico es un pensamiento humano como los otros, original en su contenido y forma de expresión. Son hombres los que pensaron de ese modo. No nos comunicaron los análisis que les condujeron a esas conclusiones, sino sólo algunas veces algunos datos.

Encontramos en los profetas de Israel una crítica puramente racionalista del fetichismo, de la idolatría, que nos permite vislumbrar la razón por lo cual ellos la rechazaron; pero no existe un tratado sobre el punto.

Si se le reconoce una inspiración sobrenatural a la obra, habrá que admitir una vez más el ejercicio y la acción de una inteligencia humana, porque, de existir una inspiración sobrenatural, esta no sustituye al ejercicio de la inteligencia del hombre. Ella la informa desde su interior, la suscita, la libera de los mitos. Por lo tanto, en todos estos casos tendremos que aceptar trabajo de intelectual en esta tradición de pensamiento.

Nos quedaría por averiguar el valor de este pensamiento, desde el punto de vista de la verdad, y si la ontología hebraica, la visión judía del mundo, del tiempo, del devenir y la antropología hebrea, son verdaderos o no, porque la filosofía no puede dispersarse, sin traicionarse ella misma, de tratar cuestión tan fundamental –primera y última– verdad.

Para saberlo habrá que emprender una serie de análisis, dependientes de la filosofía en general, abordar los problemas derivados de ella misma y ver qué conclusiones se desprenden de los análisis.

Sin embargo, este paper no es el lugar adecuado para emprender dichos análisis.

El pensamiento cristiano que, in nuce, se considera a sí mismo como lo ortodoxo, continuó el hebraísmo y conserva las afirmaciones esenciales de la tradición judía tocantes a Dios, el mundo, la materia, el tiempo, lo sensible, el hombre, la historia, etc.

Los Padres de la Iglesia, que se encuentran en la confluencia de dos corrientes de pensamiento: el de Judea y el de Grecia, procederán a un trabajo de selección y de crítica.

Ellos descartan las doctrinas platónicas, neoplatónicas y agnósticas. Las doctrinas aristotélicas en el siglo XII, con los Doctores de la Iglesia, se usarán para refrendar los asertos esenciales del pensamiento bíblico. El platonismo, expresado en "El Timeo" por ejemplo, no se aceptará pues es un demiurgo el que pone en orden la materia caótica pre-existente. Igualmente se eludirá la antropología platónica, la doctrina del eterno retorno, la de la eternidad del mundo.

 102

Todo ello porque "algo" teológico no es –ni puede ser– incompatible con "algo" el orden filosófico. Existen relaciones orgánicas entre la teología monoteísta del judaísmo y la del cristianismo y la visión del mundo que ella implica y presupone.

El monoteísmo es una ontología. Esta ontología es, evidentemente, incompatible con una ontología del tipo de la que elaboró Parménides, más tarde Plotino o, más tarde aún, Spinoza.

El pensamiento hebraico se presenta como una mutación en la historia del pensamiento humano, una inflexión en la historia de un pueblo causado por Dios.

Esta mutación, con la información original y específica que la constituye, va a guiar el desarrollo del pensamiento judío posterior, y del pensamiento cristiano hasta nuestros días.

Muchos tipos o especies de pensamiento comparten el ascenso de la humanidad. El pensamiento hebreo es una de estas especies. Tiene su propia estructura, sus tendencias congénitas y constitutivas.

El pensamiento contemporáneo de raigambre cristiana, será comprensible si se toma en cuenta la existencia de una pluralidad de corrientes, o de líneas de pensamientos que se encuentran, se confrontan o se mezclan, desde Filón de Alejandría hasta Bergson y Maritain y aún más acá.

Abstract

In this paper, the author proposes a personal interpretation of the Judaic-Christian tradition and especially that of the Old Testament ontologically and metaphysically. He intends to analyse the contributions that the thought of Hebrew origin has given to the history of western philosophy and tries out a comparison with the thought of Greek origin.